

¿Dónde está la novela policial peruana?

RICARDO SUMALAVIA*

PRIMERAS HUELLAS

En uno de los números anteriores de esta revista (*Quehacer*, 134) presenté *El meñique de la suegra* / (*espeluznante novela policial limeña*) como la primera novela policial, y además colectiva, dentro de la narrativa peruana. Esta apareció por entregas entre los números 195 y 207 de la revista *Variedades*, dirigida por Clemente Palma, a finales de 1911 y los primeros meses de 1912. Tan peculiar antecedente nos haría pensar que este género tuvo un desarrollo amplio y provechoso en nuestra literatura; sin embargo, no fue así.

En un primer momento esta novela policial colectiva fue leída como la parodia de un género caracterizado por un alto nivel de razonamiento de parte del investigador, ya sea privado o del Estado. Como elementos paródicos vemos a fallidos investigadores nacionales, referencias a otros textos y personajes policíacos de ficción (como Raffles y Sherlock Holmes), y una clara intención de realizar una crítica social a través de una fuerte dosis de humor e ironía. Pues bien, por todo lo anterior, la novela en cuestión fue vista como un divertimento y no invitó a tener continuadores. En las primeras décadas del XX, los escritores peruanos no sospecharon que justamente aquellos elementos que la descalificaron serían las marcas indelebles de casi toda la novelística policial latinoamericana del último cuarto de siglo.

Otro caso singular como antecedente del policial en el Perú fue el de Manuel A. Bedoya, quien sí se ciñó con rigurosidad al esquema de las novelas policiales clásicas. Este autor nació en 1888 (el mismo año de nacimiento de Raymond Chandler) y se sabe que fue discípulo del escritor Abraham Valdelomar y que publicó una novela con fuerte influjo naturalista a los 20 años, que tituló *El hermano mayor*, bajo el seudónimo de «Primo Basilio». En realidad acumuló varios seudónimos y tras ellos publicó artículos y relatos de temas variados. Pero solo lograría un conjunto representativo de novelas (más de una veintena) bajo el modelo del policial clásico o

* Profesor de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Ha escrito el libro de cuentos *Retratos familiares*.

su variante conocida como la novela-problema. Todas estas las escribió en menos de quince años y las editó principalmente en España, cuando el lector todavía se encantaba con esta vertiente del género. Los títulos van desde 1914, cuando él contaba con 26 años, con *Mack Bull*, posteriormente publicaría *La señorita Carlota*, *El secreto del Kaiser*, *Una mano en las tinieblas de Constantinopla*, *El hijo del doctor Wolfgang*, *La furia de los venenos*, *Los desaparecidos*, *La bola de sangre*, hasta *El alma de las brujas*.

A pesar de la cantidad de libros publicados, rastrear algunas de estas novelas en la actualidad es tarea de detectives, pues no tuvo reediciones. La razón es que Bedoya no fue un notable novelista. Sus recursos técnicos solo apuntaban a conseguir el efectismo basado en la recreación de crímenes comunes y su consiguiente resolución, distanciándose de toda crítica social. Cuando abordaba la realidad peruana y su situación política, siempre dejaba el policial de lado y prefería valerse de las novelas satíricas y textos costumbristas. Claro está, que a estas limitaciones como narrador habría que sumarle su conflictiva relación con la crítica literaria peruana y con la sociedad en general —tal como lo cuenta Luis Alberto Sánchez en su *Derrotero de la literatura peruana*— pues Bedoya terminó, incluso, renegando de su nacionalidad.

Estas dos primeras muestras de la novela policial en el siglo XX, con *El meñique de la suegra* y las novelas de Bedoya, como vemos, siempre tuvieron un carácter marginal, alejadas de todo canon literario peruano. La novela peruana de entonces no estuvo lo suficientemente madura, como lo estuvieron otros países latinoamericanos como Argentina o México, para asumir las propuestas del policial, y solo le quedó visitarlo de cuando en vez.

NADIE SABE PARA QUIÉN TRABAJA

La narrativa peruana retoma la ciudad como tema literario en la década del cincuenta, pero tendrá que esperar hasta la década del ochenta, cuando la violencia subversiva arremete en el país, para que la novela policial y su vertiente negra atrajera la atención de los escritores. Cabe agregar que por estos años el género negro ya estaba ampliamente consolidado y difundido en otras lenguas, en la literatura, en el cine y las series televisivas. Y considero que justamente una de las primeras muestras en estos años del género negro en el Perú se da a través de las seriales televisivas.

El investigador peruano más sistemático y coherente aparece en la serie llamada *Gamboa*, dirigida por Luis Llosa e interpretada por el actor Eduardo Cesti. El teniente Gamboa, perteneciente a la entonces Policía de Investigaciones del Perú, se enfrentaba a diversos casos criminales y los resolvía con mucho éxito. La rápida popularidad de esta serie, hizo que inmediatamente después apareciera la serie *Barragán*, cuyas investigaciones de crímenes más domésticos recaían esta vez en un investigador perteneciente a la desaparecida Guardia Civil. Es oportuno mencionar que en ninguna de las dos series se abordó directamente el tema de la subversión.

A mediados de esa década, más exactamente en 1985, se publica una de las más explícitas novelas negras en el Perú. Llevó por título *Pólvora para gallinazos* y apareció firmada bajo el seudónimo de C. C. García, asimismo narrador de la novela, que en verdad ocultaba al escritor Mirko Lauer.

En *Pólvora para gallinazos* el detective García se enfrentará inicialmente a un caso de orden familiar: una pareja de esposos está sorprendida por la extraña desaparición de su hijo y requieren de los servicios de este investigador. Este caso aparentemente sencillo se complicará cuando descubra que el sujeto buscado realmente no es el hijo de estos esposos, sino, en un juego de identidades, primero será un tal Ardiles, muerto hacía buen tiempo, para luego derivar en la búsqueda del doctor Walter Chamúdez. El crimen, por tanto, no está definido. No se sabe exactamente quién es la víctima ni qué relación guarda con el resto de la trama.

Esta novela se vale de todos los elementos de la novela negra hasta llevar la historia a un caso de mafias y organizaciones internacionales que lo único que consiguen es arrastrar al doctor García por diversos pasajes en los que él mismo se convierte en el objetivo de los asesinos. A toda costa se busca ocultar una verdad, la cual, por lo demás, nunca emerge completa. Aquí todos son sospechosos. No por nada la primera frase de la novela es crucial: «El hombre parecía más un sospechoso que un posible cliente». Conviene anotar que este detective corresponde al investigador que alberga una dosis de frustración. García era abogado de profesión, pero optó por ser un detective privado. Un pasaje es claro en esto: «¿Y? ¿Cómo le va al tinterillo de los detectives privados?». En efecto, él siempre sostuvo que mi dedicación a las investigaciones era consecuencia directa de una incapacidad para ejercer el derecho, y no perdía oportunidad de hacérmelo saber, cariñosamente, por supuesto».

Al año siguiente, Mario Vargas Llosa publicó la novela policial *¿Quién mató a Palomino Molero?*, que si bien tuvo difusión internacional (como todo lo escrito por él) fue considerada como una obra menor dentro de la bibliografía del autor. Y lo es, en tanto que Vargas Llosa lo que pretendía era manipular las estrategias narrativas de la entonces llamada subliteratura o literatura menor, cuyo correlato es la cultura de masas y lo popular. Así lo hizo con *Pantaleón y las visitadoras*, estructurada por misivas, memorandos, oficios y locuciones radiales; *La Tía Julia y el escribidor*, motivada en las radionovelas, o *El elogio de la madrastra*, al estilo de las populares novelas eróticas.

¿Quién mató a Palomino Molero? de Mario Vargas Llosa se vale de la estructura de la novela negra o dura, pero sin abandonar la marca de la novela policial clásica. La pareja de investigadores, pertenecientes a la Guardia Civil, el teniente Silva y el Sargento Lituma, guardan correspondencias con Sherlock Holmes y su fiel ayudante Watson. El teniente Silva es inteligente, pero no pretende valerse de su inteligencia a menos que sea necesario; él se preocupa más por calmar su constante sed y seducir a la dueña de una fonda. Lituma, por su parte, intenta comprender los razonamientos de su jefe.

El crimen que da origen a esta novela es el descubrimiento de un cadáver con claros signos de haber sido torturado. El cadáver era de un simple soldado de aviación llamado Palomino Molero. La investigación de este caso pudo haber sido rutinario, pero la violencia con la cual se perpetró el crimen anima aún más a los investigadores. En este caso, la descripción del cadáver motiva por unos momentos a dejar de lado la pregunta *¿quién lo mató?*, para interrogarse *¿por qué lo asesinaron con tal salvajismo?* El siguiente pasaje es clave: «El muchacho estaba a la vez ahorcado y ensartado en el viejo algarrobo, en una postura tan absurda que más parecía un espantapájaros o un Ño Carnavalón. Después de matarlo lo habían hecho trizas, con un ensañamiento sin límites: tenía la nariz y la boca rajadas, coágulos de sangre reseca, moretones y desgarrones, quemaduras de cigarrillos, y, como si no fuera bastante, Lituma comprendió que también habían tratado de caparlo, porque los huevos le colgaban hasta la entrepierna. Estaba descalzo, desnudo de la cintura para abajo, con una camiseta hecha jirones. Era un joven delgado, morenito y huesudo. En el dédalo de moscas que revoloteaban alrededor de su cara relucían sus pelos, negros y ensortijados. Los cabros del churre remoloneaban en torno, escarbando a mordiscos el descampado en busca de alimentos y a

Lituma se le ocurrió que en cualquier momento empezarían a mordisquear los pies del cadáver».

El interés de Lituma, a diferencia del teniente Silva, obedece más a sus sentimientos que a sus intuiciones. Él se conduce por la horrible muerte de Palomino Molero, de quien finalmente sabremos que solo era un joven soldado que vivía enamorado de la hija de un militar de alto rango.

El teniente Silva, incitado por Lituma, decide investigar, no por la institución a la que representa, sino por sus principios, porque intuye que en la perpetración del crimen está de por medio el abuso del poder. De ese modo, en su investigación se ven involucrados la Fuerza Aérea en la zona norte del Perú y varios de sus altos mandos. Sin embargo, las respuestas que halla no resuelven absolutamente nada para nadie. Es más, el investigador está sujeto a las represalias de quienes administran el poder y no podrá hacer nada contra ello.

Las novelas *Pólvora para gallinazos* y *¿Quién mató a Palomino Molero?* en los años ochenta significarán una entrada directa, con estrategias particulares del policial, al problema de la corrupción en el país. Y si bien el tema del terrorismo no se abordó bajo las modalidades del policial, se manifestó como un catalizador para la futura novela negra en el país. Pero también es pertinente destacar que estas novelas formaron parte de un resurgimiento de la novela policial en su vertiente negra en América Latina y España, que tendría como representantes a Manuel Vásquez Montalbán, Paco Ignacio Taibo II, Oswaldo Soriano, Mempo Giardinelli, entre muchos más.

La década del noventa nos ofrecería una mayor producción novelística vinculada con este género. En 1990, Carlos Calderón Fajardo publicó su novela *La conciencia del límite último*, donde se amalgama el relato policial, la crónica criminal y el gótico. El periodista conocido como el flaco Carlos, ante la ausencia de crímenes dignos de aparecer en la sección policial, es instado por el editor del diario a inventar una truculenta crónica policial que, inesperadamente, suscita gran interés y anima el morbo de los lectores. Por esa razón, para mantener el puesto, deberá recurrir diariamente a su imaginación para fraguar los crímenes más terribles; pero estas mismas historias incitarán, de un modo fantástico, a que los crímenes inventados cobren realidad a través de un misterioso victimario llamado el Cazador de moscas. En esta novela, la lógica habitual de las novelas policiales se ve subvertida

para de alguna manera mostrarse como la metáfora de los años de violencia irracional por los que se vivía en aquellos años.

Mirko Lauer retomó el género negro en 1991 con *Secretos inútiles*, esta vez con su firma, y ese mismo año Jorge Salazar saca a la luz el libro *La medianoche del japonés*, crónica novelada de un crimen muy sonado ocurrido en Lima. Fernando Ampuero presentó en 1992 su novela *Caramelo verde*, definitivamente la novela negra más leída en el Perú, como lo demuestran sus siete ediciones nacionales, y que le otorga el carácter popular inherente al género policial. A ello hay que agregarle su edición española y su traducción al francés. Aquí un aspecto central es la ciudad. El espacio urbano ofrece múltiples capas y oculta sentimientos y pasiones que el narrador aprovecha para plantearnos un mundo de tensión y convulsión. La ciudad habitualmente presenta como personaje emblemático a una mujer seductora y peligrosa y, en *Caramelo verde*, será Mabel quien la encarna. Esta mujer, que atrae y sorprende a Carlos Morales, joven recientemente enrolado como cambista de dólares en la caótica calle Ocoña de los años ochenta, lo involucrará en un mundo sórdido, de muerte, donde es prácticamente imposible hallar un punto del cual sostenerse. En esta novela no hay un crimen que resolver, sino balas de las cuales huir.

Alonso Cueto fue otro de los autores que incursionó en la novela policial. Él publicó en la década de los noventa las novelas *Deseo de noche* —en 1993—, cuyo protagonista, un desencantado profesor de Lengua y Literatura en un colegio capitalino, se ve envuelto sin buscarlo en un crimen cuando una atractiva mujer le anuncia que ha matado a un hombre y le pide su ayuda. Y *El vuelo de la ceniza*, en 1995, reeditada en España el 2003. Aquí hay que destacar la presencia del mayor Gómez, encomendado especialmente para desenmascarar al doctor Boris Gelman, un sangriento asesino protegido en medio de la beatería de una familia tradicional limeña.

El cazador ausente de Alfredo Pita, aparecida en su primera edición en 1994, consigue también editarse en el extranjero y tener una muy reconocida edición francesa. En 1995 Javier Arévalo se vale del género negro para la construcción de su novela *Instrucciones para atrapar un ángel*. Peter Elmore nos ofrecerá dos novelas en las que la estrategia del policial será central. En 1995 aparece *El enigma de los cuerpos* y en 1999 publica *Las pruebas del fuego*. Goran Tocilovac nos ofreció en 1996 su particular *Trilogía parisina*, que luego fue ampliada en la edición titulada *Extraña*

comedia el 2001. La década la cerraría la novela *Mademoiselle Moutarde*, de Patrick Rosas, en una cuidada edición catalana en 1999. Entre lo más reciente podríamos mencionar *Siete pelícanos* de Roberto Reátegui y *Una penosa contingencia* de P. A. Bedoya.

También es pertinente agregar que, salvo Mario Vargas Llosa —que nació en 1936— y Peter Elmore y Javier Arévalo —nacidos en 1960 y 1965 respectivamente—, el resto de escritores peruanos que publicaron novelas negras han nacido entre mediados de la década del cuarenta y mediados del cincuenta. Dato interesante si tenemos en cuenta que crecieron entre el entusiasmo revolucionario de la década del sesenta, las frustraciones sistemáticas de los setenta y el caos de los ochenta; rasgo compartido con otros escritores latinoamericanos y con sus propios detectives y eventuales investigadores de ficción.

Como se puede ver, aunque no sea posible hablar de un *boom* de la novela negra peruana, tampoco se puede negar que se está dando una irrupción en este género, el cual, si no es abordado directamente como en todos los casos citados líneas arriba, al menos se ha convertido en el paso obligado de los demás escritores peruanos. Pues todos, en algún momento, han deseado apretar el gatillo.

(*) Profesor de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Ha escrito el libro de cuentos *Retratos familiares*.